

podria ser de institucion divina y asistida por el Espíritu Santo, se halla empeñada en esta cuestion la Institucion de la Iglesia.

No hay duda que para resolver, ó por lo menos prevenir esta cuestion, deberia hacerse el racionio inverso, como en los siglos de fé, y deberia decirse: La Iglesia tiene las promesas y la asistencia divina, y es infalible; luego el culto de la Santísima Virgen, tal como lo practica y autoriza el Catolicismo, está exento de error, esto es indudable; pero ha sido tal la connozion que ha producido el racionalismo, hasta en las almas fieles, que se estremece la fé de nuestros dias al descubrimiento de los testimonios de la alta antigüedad del culto de la Santísima Virgen, como si se salvara de un naufragio. Y tal es tambien, teniendo en cuenta esta disposicion, la importancia de estos testimonios; dan al Catolicismo tal lustre de antigüedad y de integridad, que hemos visto incrédulos conmovidos á la simple vista de una pintura de las Catacumbas, como si fuera una evocacion de la primitiva Iglesia que viniera á testificar contra las preocupaciones de la heregía y de la ignorancia, en favor de la Iglesia de los últimos tiempos.

Podria compararse la situacion de las almas sobre esta cuestion, á la de una familia cuya descendencia se controversiera, y que, haciendo ascender su genealogía mas ó menos antiguamente, hubiera perdido los rastros de su filiacion inmediata con relacion al origen de su legitima ilustracion, que le negase un adversario. Este adversario, hijo menor degenerado de esta familia, á cuyos hijos mayores quisiera suplantar, no se contenta con no hacer caso alguno de la posesion de estado, de las presunciones y de las tradiciones mas arraigadas y mas notorias; no se contenta con exigir pruebas y títulos que la misma confianza en el derecho que él ataca, ha hecho que se descuidase recoger y conservar, y que podrian suplirse legitimamente con la prescripcion, sino que se erige, con la audácia de los litigantes temerarios, en acusador público; difama, calumnia y desconcierta el buen derecho hasta hacer que le abandonen muchos de los que lo defendian, y que los demás vacilen sobre si deben continuar sosteniéndolo.

lo. Pero si en tal situacion vuelven á encontrarse títulos que se habian perdido, si se llega á descifrar mejor otros, y reuniéndolos todos y por medio de una sábia esposicion, aparece la demostracion del estado que se negaba, ¡qué trastorno en el estado del litigio! ¡qué peripecia! Los que habian permanecido fieles en el buen derecho, se afirman en el mismo; los que lo habian abandonado, vuelven á defenderlo; muchos de los que lo negaban, adjuran la viva guerra que habian hecho, y quedan confundidos los obstinados.

Tal será el primer resultado de la Esposicion histórica que vamos á emprender, si aun llegamos á tiempo.

CAPITULO II.

Pruebas de la remota antigüedad del culto de la Santísima Virgen como culto evangélico, bíblico y mítico.

Los protestantes, adversarios declarados del culto de la Santísima Virgen, y que encuentran auxiliares tan complacientes en los Jansenistas, los Racionalistas y los seudocatólicos, se arman contra este culto con un rigorismo despiadado en lo tocante á la justificación de su antigüedad. No pueden negarle, por lo menos, catorce ó quince siglos de plena existencia y declinar el *hecho* patente, el hecho inmenso del Concilio de Efeso en el año 431, decretando, ó mas bien manteniendo á María en un templo que se le habia ya consagrado al efecto con las entusiastas aclamaciones de todo el Oriente, el título y los honores de Madre de Dios, fundados en la Divinidad de Jesucristo, su Hijo, que se negaba por la heregia Nestoriana. Pero ni esta antigüedad, ya tan venerable, ni el entusiasmo unánime de toda la cristiandad, atestiguando desde entonces una antigüedad mucho mas remota, ni, finalmente, el lazo, el nudo tan estrecho que apareció en esta memorable circunstancia entre el culto de la Maternidad Divina de María y la Divinidad de Jesucristo, no han bastado á afectarles ni satisfacerles. Menos cristianos que protestantes, no puede el triunfo del dogma de la Divinidad de Cristo hacerles perdonar el de la gloriosa Maternidad de María, conduciéndose, respecto de este gran Concilio, como verdaderos Nestorianos.

Es, pues, forzoso remontar mas alto; pero, ¿hasta dónde? ¿Y con qué pruebas debe mostrarse el culto de la Madre de Dios en posesion de los honores que se le niegan? ¡Oh! Aquí

es donde se muestran nuestros adversarios con tales exigencias, que nada basta á satisfacerles. Cuanto mas nos remontamos y mas probamos, mas exigentes se muestran, y mas la antigüedad que nos exigian deja de ser antigüedad desde el momento que la hemos descubierto. El cuarto siglo, y aun el tercero, esos siglos de los Agustines, de los Crisóstomos, de los Gerónimos, de los Ambrosios, de los Epifanios, de los Basilio, de los Atanasios, de los Efrenes, de los Dionisios de Alejandría, de los Ciprianos, de los Gregorios de Neocesarea, de los Orígenes, esos siglos venerables en que engrandecida la fé cristiana en el martirio y saliendo de las Catacumbas, se alza y se personifica en lo mas grande que hubo jamás en el mundo en genio y santidad, son envueltos en el desprecio comun con los siglos inferiores, desde el momento que se inclinan ante María. «Este culto, dice Bayle, no comenzó en la Iglesia *hasta* trescientos ó cuatrocientos años despues de la Ascension de Jesucristo. Nació de la natural inclinacion de todos los hombres á imaginar la Côte celestial semejante á la de los reyes de la tierra, en la que tienen, por lo comun, mucho poder las mujeres; del sórdido interés de los sacerdotes y de los frailes, que han visto que era muy lucrativo este culto; de los falsos milagros que se han forjado, etc., etc. (1)»

¿Degrada este juicio á los ilustres y santos genios que he evocado, ó al mismo Bayle? ¿Injuria al Catolicismo que los cuenta por *Padres*, ó al Protestantismo que reniega de ellos? Dejo la decision á la meditacion de mis lectores. Decís que el culto de la Santísima Virgen no data *sino* desde el cuarto siglo; pues ¿qué diríais si no datase sino desde el *diez y siete*? Este culto se recomienda por lo mas grande y mas santo que hubo en la Iglesia; ¿qué seria, pues, si tuviera por fundador á un Lutero y á un Enrique VIII?... Nació de la natural propension de los hombres á hacer el cielo á imágen de la tierra; del sórdido interés de los clérigos y de los frailes, de los falsos milagros, etc. ¿Qué seria, pues, si en lugar de esta banal y vaga imputacion que desmiente de un modo superior el carácter de los grandes siglos á que haceis vosotros mismos

(1) Dicc. crit. *Juno*.

ascender este santo culto, hubiera nacido patentemente, como la Reforma, de la lujuria de los frailes que hubiesen arrojado el sayal por el matrimonio, de la avaricia de los príncipes sacudiendo el yugo de la Iglesia para abalanzarse á coger sus despojos, y del desencadenamiento de todas las pasiones contra todos los frenos? ¿Qué seria, pues, si dijeran de él sus propios príncipes y fundadores «que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor y en Francia de la novedad (1)» ó que «apenas se encontraría, entre ciento de sus sectarios, uno solo que hubiera llegado á serlo por ningun otro motivo que por poder abandonarse con mas libertad á toda clase de deleites y de incontinencias (2)?...»

Es, pues, preciso convenir, en que nos honran mucho las exigencias del Protestantismo si las medimos por sus desenfrenos. Es evidente que nos distinguen. No lo es menos que su ódio contra un culto tan antiguo, tan casto y tan humilde como el de María, es una consecuencia lógica y que lleva consigo el testimonio de la novedad, de la incontinencia y del orgullo.

Pero penetremos mas en la cuestion, y para marcar bien todos sus aspectos, dividamos su estudio en dos párrafos.

- 1.º Culto evangélico y bíblico de María.
- 2.º Culto mítico y universal.

§. I.

Culto Evangélico y Bíblico de María.

—Es cierto, se dirá, tales son los deplorables orígenes de la Reforma, por lo que no tiene derecho de ser exigente. Pero, ¿quién no sabe que la Reforma solo sacudió todos los yugos para volver al mas antiguo y al mas sagrado de todos? ¡al del Evangelio! El Evangelio, he aquí á lo que lo sacrificó, lo inmoló y lo volvió á llevar todo. Al tribunal, pues, del Evangelio es al que somete el culto de la Santísima Virgen, y en su consecuencia, debemos apreciarlo al pié del Evangelio.

(1) FEDERICO EL GRANDE, *Memorias de Brandeburgo*.
 (2) CALVINO, *Comm. in 11 epist. Petri*.

Pero no mezclemos incidentes; no preguntemos de qué Evangelio se trata; si del Evangelio de Lutero, del Evangelio de Zwinglo, del de Calvino, del de Enrique VIII, del de Socino, del de Strauss, etc., etc., puesto que hay tantos Evangelios contradictorios como sectas en la Reforma é individuos en estas sectas. Tomemos el argumento como se nos presenta. La Reforma reniega de la tradicion por el Evangelio; nosotros, que no renegamos del Evangelio por la tradicion, y que tenemos á la par uno y otra; nosotros, de quienes ha recibido la Reforma el Evangelio mismo que nos opone, aceptamos el juicio del Evangelio.

I. Veamos pues lo que dice el Evangelio. No solo lo aceptamos, sino que hacemos mas; lo invocamos en apoyo del culto de María, como la roca viva en que vá á sellarse el primer anillo histórico de este culto, como el elevado manantial de donde brota, y de donde le veremos continuar sin interrupcion, al través de los tres primeros siglos, hasta el concilio de Efeso, de donde se quiere hacer partir su antigüedad.

Ya hemos consagrado un volumen entero á esta demostracion; ya hemos mostrado á la *Virgen María segun el Evangelio*, resplandeciente con todas las luces y toda la santidad con que la manifiesta este gran libro, señalada espresamente á nuestro culto y recibéndolo ya en el Evangelio de las bocas mas santas y mas celestiales; ¿Qué se ha contestado, qué se puede contestar á esta esposicion?

¿Qué culto mas evangélico que el que abre el Evangelio con este homenaje del cielo mismo: *Ave gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus*; que el que nos representa á María cooperando por medio del libre consentimiento de su fé, de su virginidad, de su humildad al misterio inicial del Cristianismo, cubierta con la sombra de la virtud del Altísimo, investida con el Espíritu Santo, y concibiendo en su seno al Hijo de Dios? ¿Qué culto mas evangélico que el que nos representa á María, Madre de Dios, respirando con El un mismo aliento, palpitando con una misma sangre, llevándole en sus entrañas y comunicándole con su voz á Juan Bautista,

á Isabel, que le honran con su connoction y júbilo; á Juan Bautista, que recibe por María la gracia que debe anunciar á todos los hombres; á Isabel, que llena del Espíritu Divino, esclama en alta voz: *Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre*; que le rinde como á la MADRE DE SU SEÑOR el culto mas profundo de su veneracion, que la atribuye la dispensacion de la gracia, cuya connoction acaba de experimentar, y que la publica *Bienaventurada por haber creido* y por haber dispuesto por este medio á Dios el cumplimiento de todas sus misericordias?... ¿Qué culto mas evangélico que el que en el mismo instante y amplificando las palabras de Isabel, tributa el mismo Verbo de Dios á su Madre, y el Espíritu Santo á su Esposa, en ese sublime *Magnificat* que le inspiran, en el que se llama á todas las generaciones futuras á honrar sucesivamente á María con el mismo culto que acaba de inaugurar Isabel, porque el *Todo-poderoso* le ha hecho grandes cosas?... ¿Qué culto mas evangélico que el que continúan rindiéndole los Pastores y los Magos, los Judíos y los Gentiles, adorando al Niño en los brazos de *María su Madre*, el Santo anciano Simeon, asociando esta Madre, en su profecía, á todas las contradicciones de que tiene que ser blanco su Divino Hijo, y mas particularmente á esa *espada de dolor* que debe unirlos en el gran suplicio, *et tuam ipsius animam pertransivit gladius*?... ¿Qué culto mas evangélico que este culto filial de confianza, de ternura y de abandono, que Dios Niño quiso tributar por sí mismo á María, haciendo del seno virginal donde habia tomado ya la vida humana, su trono, su refugio, su alimento, su lecho, que ese culto de sumision que quiso tributarle tambien con todo el esplendor de la sabiduría que hiciera brillar en el Templo, y que quiso prolongar en la oscuridad mas gloriosa para María durante treinta años, *et erat subditus illis*? ¿Qué culto mas evangélico que el de la divina deferencia del Hijo de Dios, á una sola palabra de María, anticipándole la hora de su manifestacion con el gran milagro de Canaá, y constituyéndonos deudores á su maternal influencia, de la inauguracion de sus milagros, de la fé de sus discípulos y por ellos de la del mundo? ¿Qué culto mas evangélico que el que

tributa á María la mujer del Evangelio, exclamando en el enagenamiento de la palabra de Jesus: *Bienaventurado el vientre que te llevó, bienaventurados los pechos que te amamantarón*, y que el mismo Jesus realza con estas palabras: *Mas bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan*, ratificando así la espresion de Isabel á María: *Bienaventurados vosotros que habeis creido*, y la del Evangelista: *Y María conservaba todas estas cosas y las repasaba en su corazon*? ¿Qué culto mas evangélico, en fin, que el que conquistó María al reconocimiento y al amor del género humano, concibiéndole tan dolorosamente al pié de la Cruz con su maternal compasion, y que instituyó la misma Augusta Victima con este supremo testamento: *Madre, he aquí á vuestro Hijo; Hijo, he ahí á vuestra Madre*?

¡Apelais al Evangelio! Pues bien, he ahí el Evangelio; es el culto de María en su fuente mas elevada. Esto es tan cierto, como que el culto católico de María solo se compone del Evangelio: el *Angelus*, el *Magnificat*, la conmemoracion de la *Anunciacion*, de la *Visitacion*, de la *Natividad*, de la *Purificacion*, de la *Presentacion* y de la *Compasion*, en la lectura pura y sencilla de todas estas páginas del Santo Libro, es donde se glorifica á María; y al citarlas, no hago mas que recordar la liturgia del culto de María.

Los que quereis, pues, sustraeros á este culto, que le atacais é insultais, podeis hacerlo; pero desgarrando el Evangelio, abjurando el Cristianismo. No se trata aquí ni aun de interpretacion, se trata de una simple lectura, de creencia en Jesucristo.

He aquí una estraña confesion de esta verdad:

Bayle, que en el artículo *Juno* de su Diccionario, nos dijo que el culto de María solo principió en el cuarto siglo, y que nació del *interés sordido* de los sacerdotes, etc., etc., el mismo Bayle, en su artículo *Nestorio*, juzga «que todo lo mas escesivo que se dice respecto de María, *se deriva naturalmente* del título de *Madre de Dios*; y que aun cuando se hubieran limitado á la sola calidad de *Madre de Jesucristo*, se hubiera sacado *infaliblemente* las mismas consecuencias.»

Bayle tiene razon en el sentido filosófico; todo lo mas des-

medido que hay, si es que hay algo escesivo, en el culto de la Virgen, proviene *naturalmente* del título de *Madre de Dios*. Y en efecto, ha dado el Cristianismo, de Dios en Jesucristo, una idea tan elevada de santidad, de sabiduría, de amor, de poder, de victoriosa magestad, ha realizado de tal suerte el ideal Divino, la noción de Dios, que decir de María que es *Madre de Dios*, es reconocerle una prerogativa tan alta, tan prodigiosa, que escede á todo entendimiento, y que reclama toda clase de honor; que «se contiene en esta única palabra, como dice Lutero, todo honor para María, y que nadie podría publicar en alabanza suya cosas mas magnificas, aunque tuviera tantas lenguas como flores y yerbecillas hay en la tierra, estrellas en el cielo y granos de arena en la mar (1).» Aun limitándose á la sola cualidad de *Madre de Jesucristo*, como lo entendia Nestorio, es decir, como habiendo dado á luz tan solo á un hombre, pero á un hombre á quien el mismo Dios hubiera venido á unirse en el seno que lo concibió, se le deja á María tal gloria, que por ella tendria derecho á un culto escepcional; prueba de ello es, que le tributan este culto los Nestorianos. Lo que es *escesivo*, no es, pues, el culto que tributamos á María, es el Evangelio, que la saluda y la preconiza *Madre del Señor* por la voz del Angel y por el mismo aliento del Espíritu Santo manifestado por Isabel.—He aquí lo que es *escesivo*, si hay algo de esto en el culto que tributamos á María. ¿Qué debe, pues, hacerse para tributarle este culto, y qué es lo que hacen los que se lo rehusan? Son peores que los Nestorianos; reniegan del Evangelio, abjurán el Cristianismo.

Libres son de hacerlo, pero con una condicion, y es que no pretendan ya ser cristianos; que entiendan que nos abandonan el Evangelio, como nos han abandonado la tradicion; que no vengan ya á decir que el culto de la Santísima Virgen tuvo origen en el sórdido *interés de los sacerdotes*, y que no data sino del cuarto siglo; que confiesen con Bayle, que proviniendo del título de *Madre de Dios*, ó bien de *Madre de Je-*

(1) *Super Magnificat comment.*, t. V., p. 85, oper. omn. 1554.

sucristo, data del Evangelio, que preconiza en María este título inefable; *se deriva de él naturalmente*.

Tenemos, pues, que el culto de la Virgen Santísima data del Evangelio.

II. Dada de mas alto. No es solamente un culto *Evangélico*, es tambien, y en grado superior, un culto *Biblico*.

El mismo Evangelio lo dice espresamente: «Todo esto se ha hecho á fin de que tuviera cumplimiento lo que anunció el Señor por el Profeta, diciendo: HE AQUI QUE LA VIRGEN CONCEBIRÁ Y DARÁ Á LUZ UN HIJO, Á QUIEN SE LLAMARÁ MANUEL, QUE SIGNIFICA DIOS CON NOSOTROS (1).»

LA VIRGEN MARÍA fué, pues, ofrecida á la admiracion y al culto del universo desde los tiempos anteriores al Evangelio, como el PRODIGIO, segun la espresion de Isaías, de la union de Dios con su obra. Esta preconizacion de María asciende, muy anteriormente, á Isaías, á los Patriarcas, á Abraham, á quien la misma María refiere el culto que le rinden todas las generaciones desde entonces hasta el fin de los siglos: *Sicut locutus est ad Patres nostros Abraham et semini ejus in sæcula* (2); y aun antes de Abraham, en la primer pareja del género humano, y en el primer acto de la historia, que nos representa á María en aquella *Mujer* que debe recobrar sobre la serpiente la ventaja que cedió Eva á esta tan deplorablemente, y llegar á ser restaurada la nueva *Eva* para todo el género humano.—*Inimicitias ponam inter te et MULIEREM, inter semem tuum et semen illius, et Ipsa conteret caput tuum.*

He aquí el origen histórico del culto de la Virgen. De aquí data. ¡Y con cuántas profecias, figuras y símbolos no ha sido recordado y conservado en el mundo! De esta verdad hemos hecho un estudio especial; basta, pues, enunciarla.

María es la única criatura de quien se haya ocupado el mundo antes de parecer en él, y que no haya cesado de ocuparle despues, que llene así todos los tiempos, y que sea, segun

(1) Math., I, 22.

(2) Cántico Magnificat.

la bella espresion de San Bernardo, «el asunto de los siglos, *negotium sæculorum*.

Ella debe este culto indefectible á Jesucristo, en tanto en cuanto es Madre suya, á Jesucristo, que *existió antes que existiese Abraham* (1), que *existió ayer, hoy y siempre* (2), y que siendo Hijo de María, comprende á María en esta *perenidad* histórica de su existencia y de su accion; y la comprende sin absorberla, poniéndola al contrario en evidencia á la luz de su Divinidad, como á aquella que pone en evidencia su humanidad.

El culto de María es, pues, un culto Evangélico, un culto Bíblico; añadamos que tiene tambien en una remota antigüedad un culto Mítico y universal. Este aspecto reclama un párrafo especial.

§. II.

Culto Mítico de María.

I. Es una verdad que el progreso de los estudios y de los descubrimientos ha puesto mas y mas fuera de controversia, que todo el Paganismo, en aquel cúmulo de fábulas, que ha oprimido al mundo antiguo como una pesadilla, no era sino una desfiguracion de la verdad religiosa conservada en el pueblo judío. Unicamente este pueblo, centinela profético del Cristianismo, ha permanecido en vela en medio del delirio universal del género humano; y este delirio, sin razon y sin conciencia, como todo delirio, no ha forjado sus juegos impuros sino de rasgos de la verdad, recibida en el estado primitivo de desvelo, y conservada en el único pueblo que no dormía, hasta el dia en que el Cristianismo, sacudiendo al mundo, ha venido á gritarle con la fuerte voz del Apóstol: «Levántate, ha llegado la hora de despertar.» *Hora est jam nos de somno surgere* (3).

En nuestros primeros *Estudios* hemos consagrado unos estudios especiales á la completa demostracion de esta verdad.

(1) Juan, VIII, 58.

(2) San Pablo, á los Hebreos, XIII, 8.

(3) Epístola de los Romanos, XIII, 11.

en lo que toca á *los sacrificios y tradiciones universales acerca de la caída primitiva y de la espectacion del Libertador*. No los repetiremos ahora sino para separar de ellos lo que mira á la *Virgen*, completándolo con nuevos rasgos; frutos de mas recientes estudios. Se nos perdonará por otra parte algunas repeticiones que no podremos evitar, en obsequio de aquellos de nuestros lectores que no tuvieren presentes los estudios primeros.

Todo el Paganismo no es sino un enlace del Soberano de los Dioses con Vírgenes mortales, que dan á luz Hijos de Dios libertadores y bienhechores de los hombres, un Apolo, un Baco, un Hércules, un Theseo, etc. Uniones impuras y vergonzosas, sin duda, porque los sentidos entregados á sí mismos en el sueño del alma no podian transmitir á la imaginacion sino tales impresiones, pero alianzas que todas están revestidas de este doble carácter extraño y uniforme: 1.º que el Rey de los Dioses no se une jamás con las diosas, sino siempre con las simples mortales; 2.º que los frutos de este comercio son siempre unos libertadores ó unos bienhechores de la humanidad.

Hay ahí, no lo dudemos, un fondo de verdad; y de esta verdad, ¿quién es el objeto sino la *Mujer* designada desde el origen del mundo, la *Virgen*, anunciada por los Profetas como que debia dar á luz, por obra divina, el Libertador verdadero del género humano?

Lo mismo se debe decir de estas generaciones divino-humanas de los libertadores del mundo, que de los sacrificios, institucion figurativa del grande y único sacrificio que debia purificarlo todo. Aquellos sacrificios eran crueles, como impuras eran aquellas generaciones, porque el todo era falso, tomado por realidad, y habia sido corrompido como figura por las pasiones, que con él se autorizaban, y por el espíritu de mentira remedador y usurpador de la obra de Dios. Tampoco el mundo se paraba allí; volvía á empezar siempre, y multiplicaba sin fin, ya sus sacrificios, ya las aventuras de su Júpiter. Siempre eran necesarias nuevas víctimas, siempre nuevos libertadores (se cuentan hasta treinta y dos Hércules): los bienes, tras de los cuales iba en sus criminales locuras, se